GRANADA Y LA GUERRA DE CUBA

Granada and the war of Cuba

MIGUEL MOLINA MARTÍNEZ*
JOSE LUIS BAREA FERRER*

RESUMEN

En este artículo se comentan dos documentos cuyo contenido alude al impacto provocado por la guerra de Cuba en la sociedad granadina de finales del siglo pasado. Sus autores son Manuel Seco de Lucena y Melchor Fernández Almagro. Ambos reflejan, aunque desde puntos de vista diferentes, la resonancia de los sucesos cubanos que culminan en 1898 con la pérdida de las colonias españolas.

Palabras clave: La sociedad granadina y la guerra de Cuba.

ABSTRACT

In this article we can read two documents that are about the indicende that the Cuba war caused on Granada society at the end of last century. The writers of these documents are Manuel Seco de Lucena and Melchor Fernandez Almagro, who reflect Cuba incidents which finished in 1898 with the loss of Spanish colonies.

Key words: Society of Granada, war of Cuba.

* Universidad de Granada.

e*Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 12, 1998, 287-303

Los sucesos del 98 que culminan con el Tratado de París y que suponen la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas que nuestro país conservaba de lo que había sido un fabuloso imperio colonial, constituyen un tema apasionante no sólo en lo que se refiere al estudio de sus aspectos puramente históricos y políticos, sino también y sobre todo a los sociológicos, ya que, aparte de provocar una ruptura total entre los ciudadanos y los dirigentes de la nación, lo que más llama la atención es esa evolución paulatina que va desde la indiferencia al paroxismo y que se materializa en una violenta reacción colectiva de indignación y cólera pocas veces expresada a lo largo de nuestra dilatada Historia con tanta virulencia, fenómeno del que Granada, por supuesto, no va a ser una excepción. Al contrario, quizás lo que más nos asombra es que una ciudad abúlica desde siempre, como es la de la Alhambra, se convierta en una de las más convulsas de toda España y haya incluso que clausurar la Universidad para intentar controlar las algaradas callejeras, medida que sólo hubo que aplicar igualmente a las de Madrid y Barcelona. Y es que, hasta estos momentos, Granada era una pequeña ciudad cerrada y provinciana, de escasa población y anquilosada políticamente hablando. Celosa guardiana de costumbres y tradiciones, profundamente católica e indiscutiblemente atrasada en su economía, intentaba en los últimos años del siglo modernizarse. La electricidad le llegaba en 1892 y no se había abierto una sucursal del Banco de España en ella hasta 1879. Esencialmente agrícola, el sector de la caña y de la remolacha azucarera comenzaba a ser un factor dinamizador de su maltrecha economía, agravada desde siempre por la penosa y escasísima red de comunicaciones que poseía.

El resultado más espectacular de ese deseo de modernidad se traducirá en una serie de obras públicas imprescindibles como el alcantarillado, el cementerio municipal, mercado de abastos, cubrimiento del río Darro o la apertura de nuevas calles como la Gran Vía. Pero, al mismo tiempo, su sociedad apenas evoluciona y está totalmente desestructurada porque fundamentalmente adolece de afanes comunes, de un centro de gravedad compartido por todos, fenómeno gravísimo provocado por su pobre y heterogénea economía que la hace multiforme y sin estructura y revierte en la permanencia del caciquismo y el chalaneo político, la presencia de una minoría burguesa y adocenada y la prepotencia social de títulos nobiliarios y "caballeros maestrantes", todo ello frente a una clase media débil y oprimida y un pueblo atrasado, analfabeto en gran medida y sometido a unas condiciones laborales y económicas tercermundistas. Es, en definitiva, el contraste entre el mundo granadino amante de la ópera, incondicional y culto de las tertulias de

élite, como la de la "Cofradía del Avellano", atento siempre a los dictados de la moda y al buen vestir o que frecuenta el "Liceo", la "Sociedad Económica de Amigos del País" y el "Centro Artístico" y ese otro mundo que Falla nos retrata en su extraordinaria e inmortal "La vida breve". Mundos, ambos, caracterizados, al mismo tiempo, por su ritmo lento, en el que nunca parece pasar nada que se salga de los márgenes habituales. El resultado será que todos convivirán como piezas de un rompecabezas porque se conocen. Juntos, pero no revueltos. Los de "arriba", se muestran generosos y hasta cordiales —salvo raras excepciones— con los de "abajo", pero marcando siempre las distancias. Los de "abajo" no conocen la lucha de clases y se muestran respetuosos con los de "arriba" y la ya citada escasa clase media intenta, por encima de todo, imitar a los de "arriba" en sus hábitos y costumbres, por cierto con escaso éxito, sobre todo en lo que se refiere a indumentaria, porque las diferencias son claramente visibles. La invertebración y la ausencia de cohesión social son, pues, evidentes y las distancias sociales entre unos grupos y otros manifiestas.

Cuba, sin embargo, lo barre todo. Las invisibles, pero férreas, líneas de separación social se dinamitan y, como una piña, pobres y ricos, analfabetos y eruditos experimentan el mismo dolor y la misma impotencia, adoptan las mismas aptitudes de repulsa y convierten la ciudad en un polvorín de manifestaciones, símbolos y protestas inusual y desconocido en Granada hasta estos momentos. En efecto, puede afirmarse que los sucesos de Cuba tuvieron una enorme resonancia en la sociedad granadina del momento, bien informada a través de la prensa local. Los documentos que aquí se recogen son una brevísima muestra de las reacciones que suscitó dicho conflicto bélico[1]. Sus autores —Seco de Lucena y Melchor Almagro— ofrecen su particular visión de los hechos. Seco de Lucena, desde su condición de testigo presencial y la inmediatez de los hechos que expresa en las páginas de su periódico, *El Defensor*. Melchor Almagro, desde el recuerdo de una infancia que no pudo sustraerse al impacto emocional de la guerra.

El primero describe con todo lujo de detalles los actos que tuvieron lugar en la ciudad entre los días 25 y 27 de noviembre de 1895 con motivo de la partida hacia el campo de batalla de los soldados granadinos enrolados en el

(1) Pese a su interés, muy poco se ha escrito acerca de estos temas. Véase, no obstante, J.L. BAREA FERRER: "Granada y la Guerra de Cuba a través de El Defensor de Granada (1895-1898)", en *Andalucía y América en el siglo XIX. Actas de las V Jornadas de Andalucía y América, I*. Sevilla, 1986, pp. 479-505. M. MOLINA MARTÍNEZ: "Granada y la repatriación de soldados de Ultramar", en *Ibidem*, pp. 435-453.

"Batallón de Córdoba"[2]. Su título, "Una explosión de patriotismo", es lo suficientemente expresivo y fiel reflejo del estado de opinión dominante en las primeras fases del conflicto. La implicación de todas los sectores de la población, desde las capas populares hasta las primeras autoridades, ponen de relieve un sentimiento de euforia y una fe ciega en un triunfo que finalmente se resistió. Nada más revelador para calibrar la evolución que va desde el optimismo inicial hasta el pesimismo final que el tono de los editoriales que van apareciendo en la prensa hasta 1898[3]. Ese mismo sentimiento de fatalidad planea en el texto de Melchor Almagro quien personaliza el desastre en la figura del criado Salvador, que nunca volvería de Cuba. Pero también en la de aquellos otros que, tras el fin de la guerra, fueron repatriados a su tierra natal. Conviene señalar que también en esos difíciles momentos los granadinos hicieron alarde de las mismas pruebas de patriotismo que en 1895, volcándose en ayudas y apoyo a los que regresaban heridos en el cuerpo y en el espíritu[4].

En un sentido u otro la guerra de Cuba caló profundamente en la provinciana sociedad granadina de finales de siglo. La documentación disponible al respecto es de una enorme riqueza y bien daría para emprender una investigación monográfica que se echa en falta. Asimismo sería oportuna la edición de una antología de textos sobre "Granada y Cuba, 1895-1898", de la que aquí se ofrece una mínima expresión. Aún hoy y cien años después, nos sigue sorprendiendo aquella conciencia colectiva desatada que terminaría por dar paso al movimiento renovador con el que se abriría el siglo XX.

(2) Aunque el texto se ha tomado de las Memorias de Seco de Lucena, buena parte del mismo puede también reconocerse en las páginas de *El Defensor,* correspondientes a los mencionados días de noviembre.
(3) Una aproximación a ello puede consultarse en J.L. BAREA FERRER: *Op. cit.,* pp. 482-505.
(4) Véase M. MOLINA MARTÍNEZ: *Op. cit.,* pp.440-453.

I. CUBA EN LA VIDA COTIDIANA

Pero he aquí otra palabra que oía sonar y resonar en la tertulia de casa, como un viento que todo lo sacudiera y de la que se apoderaron los niños más adelantados para llamarse de otra manera, en sus juegos de policías y ladrones, de cristianos y de moros, de cartagineses y romanos. Ahora jugaban a españoles e insurrectos o yanquis. Porque la palabra sobrevenida, para mí, fulminantemente, era ésta: "Cuba". Seguramente que se hablaría también de Filipinas; pero yo no oía otra cosa que Cuba.

—¿Cuándo se llevan a Salvador para Cuba...?
—¿Le tocará a Pepe ir a Cuba...?
—¿Estará ya Emilio en Santiago de Cuba...?

Salvador, soldado de Infantería, era criado de mi abuelo, y su marcha a Cuba con un batallón del Regimiento de Córdoba se pierde en lejanas brumas, de las que sólo emergen, con referencia a ese momento o a otros ulteriores, el bullicio de las calles y las notas de color —rojo y amarillo, de seguro— en colgaduras y banderas, en botoncitos, lazos, cintas, escarapelas, moñas, en el pecho o en la cabeza de las mujeres y en la solapa de los hombres. Yo no podía vincular, naturalmente, los colores a nada que no fuesen los colores mismos, pero no me di por contento cuando mi madre, cediendo a mis deseos que podían derivar en barraquera, prendió en mi trajecillo de marinero un lazo azul o verde. No sé. Pero ni rojo ni amarillo.

—No; no, de los mismos colores que los demás...

Son los recuerdos de familia clavitos que dejan bien fijos en la memoria sucesos que de otra suerte resbalarían sin dejar ni la más leve huella. Por el concierto que la banda del Regimiento de Córdoba dedicó a mi tío Pepe Corral, ascendido a coronel, y por el comentario de toda mi familia a la arenga de mi primo Melchor, ya adolescente, a una de las manifestaciones patrióticas de aquellos días, desde un balcón de *El Defensor de Granada*, me es dado revivir la emoción de las guerras de Ultramar, en tenues resonancias de lejanos compases de marcha militar; la de *Cádiz*, seguramente. Y para adquirir, a su vaga e indirecta manera, la emoción del desastre final, coincidió la noticia de que tío Emilio había salvado la vida en un combate, con el nacimiento de mi hermana Asunción. (...)

(...) No me acostumbraba a la falta de Salvador, con el que algunas tardes me mandaba mi madre a los jardinillos.

—¿Cuándo volverá Salvador...?

—Pero ¿no sabes que Cuba está muy lejos...?

No podría Salvador volver tan pronto de Cuba. Ni más tarde tampoco volvería. El machete de un mambí acabó con el pobre Salvador.

(Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Viaje al Siglo XX*. Madrid, 1962, pp. 52-54)

II. UNA EXPLOSIÓN DE PATRIOTISMO

En 1895 con motivo de una salida de un Batallón del Regimiento de Córdoba para la Guerra de Cuba, se produjo en Granada espontáneamente, sin excitaciones, organización ni preparativos, un movimiento patriótico tan vibrante y general que nunca ha visto cosa que pueda igualarle, fue una verdadera explosión de los generosos, desinteresados y nobles sentimientos que constituyen la nota característica y envidiable de esta Ciudad y en cuyo honor debo recordarla.

El 25 de noviembre anunció *El Defensor* que los soldados irían al Templo de La virgen a despedirse de nuestra Patrona. "Hoy —dijo el periódico— a las once de la mañana bajará a la Iglesia de las Angustias el Batallón Expedicionario de Córdoba que lleva a la campaña de Cuba todas las energías y entusiasmos patrióticos de Granada. A los acordes marciales de su música recorrerán esos valientes las calles de Granada para ir a depositar la ofrenda de su fervor a los pies de la Virgen de las Angustias que será la estrella luminosa que les guíe en el combate y confortará su animoso espíritu en la guerra".

"Siempre ha sido el soldado español devoto de la Virgen. Ella, en su advocación del Rosario, hundió la soberbia y el poderío de los turcos en aquel golfo griego de verdes orillas donde el Caudillo español izó su glorioso estandarte sobre la nave Capitana. Ella, en su dulce y tristísima advocación de las Angustias, que parece hecha con proféticas inspiraciones para esta guerra cruel de desdichas y angustias terribles, llevará a nuestros bravos soldados al triunfo y a la gloria."

"¡Qué hermoso es el acto de hoy! Recuerda los sublimes días de nuestras épocas hazañas. La hueste española se postra humilde ante el altar, a los pies de su madre la Santa virgen que parece refleja en su rostro inanimado las lágrimas y el dolor de aquellas otras madres que llevan en cada hombre que se

va a la guerra un pedazo de su corazón. El templo resplandecerá hecho un ascua de oro y la Iglesia granadina, representada en su pastor, bendecirá la bandera del Batallón de Córdoba que es la bandera de Granada y ha de ondear victoriosa, porque dios y la Patria lo quieren, en los campos de Cuba".

"El pueblo es el verdadero héroe en esta lucha, que da su sangre a torrentes para que con ella se lave la ofensa inferida a la Patria por la horda de traidores que hacen de la Manigua infame acechadero de españoles y sufre sin protesta, porque sabe que esta vez sirven sus sacrificios para la defensa de altísimos intereses, todo género de tributos aunque el tributo la arruine; el pueblo de Granada, de cuya sangre generosa es sangre la de esos soldados, dará seguramente la más brillante nota de la fiesta de hoy; hará la consagración popular de esos héroes entre los aplausos estruendosos de sus manos y los gritos frenéticos de entusiasmo y amor que enardecen y que muchas veces se quedan pegados al paladar porque es tal su fuerza que la garganta humana no acierta a expresarlos. El sitio de este pueblo, siempre noble, generoso, valiente y entusiasta, está hoy en las calles de la Ciudad por donde pase el puñado de héroes que se llama Batallón Expedicionario de Córdoba. Salgamos a su paso por donde quiera que vayan, arrojando a sus pies las flores de nuestro entusiasmo y del inmenso cariño que les profesamos; sea el de hoy un día de verdadera fiesta en Granada: la fiesta del patriotismo y del amor que demuestra cómo el corazón entero de los granadinos se va a Cuba con el Batallón de Córdoba y haga ver a nuestros soldados que no llevan como único elemento de combate sus armas sino que también les queda aquí en la Península una reserva de millares de hombres dispuestos a recibirlos con los brazos abiertos y en las manos el laurel que se otorga al vencedor si vuelve como volverán victoriosos; o dispuestos a seguir sus huellas y marchar a vengarlos si sucumben en la lucha; demostremos pueblo de Granada, cuánta es tu energía y entusiasmo por las nobles ideas y gritemos todos: ¡viva España! ¡Viva el Batallón de Córdoba!"

A las diez y media de la mañana salían del Cuartel los gastadores que arrancaron un aplauso estruendoso y un ¡Viva el Batallón de Córdoba! gritado por miles de bocas de la inmensa muchedumbre que llenaba el Triunfo. Tambores, cornetas y música batieron marcha y empezó el desfile entre la muchedumbre que ocupaba todas las calles por donde debía pasar el Batallón. En los balcones miles de mujeres hermosas daban sentido adiós a los defensores de la Patria. Después de los gastadores y banda de música, tambores y cornetas, marchaban a pie el Teniente Coronel Navarro de la Linde, ilustre voluntario de la Guerra de Cuba, la plana mayor y cien hombres fusil al

hombro, brillantísima escolta de la bandera, siguiéndoles las cinco compañías restantes vistiendo como la primera el traje rayadito azul. Circundaba la tropa inmensa muchedumbre, y los testimonios de simpatía y extremado cariño estrechaban las filas de ese cuerpo digno heredero de los famosos Tercios de Flandes que asombraron al mundo con sus glorias. Siguieron por la calle de Elvira, Plaza Nueva y Reyes Católicos donde la aglomeración era grandísima y cuyos balcones estaban todos adornados con vistosas colgaduras.

Frente al Salón de *El Defensor* inmenso remolino de gente aguardaba a la tropa y comenzaron los vivas coreados por millares de personas.

Al doblar la esquina de la Puerta Real y aparecer ante el Casino, los socios, que se agolpaban en los balcones, rompieron en un aplauso estruendoso mientras rajaban el aire miles de cohetes y los vivas frenéticos y nutridos de la muchedumbre.

En la Carrera se hacía materialmente imposible andar entre la multitud y así, casi en peso, llegó el Batallón a la Iglesia de las Angustias donde se agolpaban infinidad de mujeres que tenían en el Batallón pedazos de su alma y dieron la nota más tierna y simpática abrazando a los soldados y pidiendo a gritos para ellos la protección de la Virgen.

La ceremonia religiosa fue solemnísima. Los mayordomos de la Hermandad Sres. Creus y Zárate habían iluminado espléndidamente el retablo de la Patrona, su camarín y todos los altares, encargando a la Capilla de la Catedral que amenizara con los sublimes encantos del arte el acto de la Misa y bendición de la gloriosa bandera. Allí estaban el Sr. Arzobispo acompañado de los canónigos Sres. Lara y Navarro y el Beneficiado Sr. Medina; los generales Gutiérrez de la Cámara y Urruela con sus ayudantes, el Teniente Coronel

D. Joaquín Sancristóbal y los comandantes Meléndez y Diez Oñate, el clero castrense presidido por D. Germán Aledo, los mayordomos y muchos cofrades de la Hermandad, todos los alumnos del Seminario, el Sr. Cura de las Angustias con el Clero adscrito a su parroquia, muchas comisiones eclesiásticas, civiles y militares y multitud de fieles, entre los que se hallaban las familias de los jefes, oficiales y soldados expedicionarios que ocupaban conmovidos la mayor parte del Templo.

Comenzó el acto con la bendición de las medallas que el Arzobispo impuso después a los oficiales y soldados. Inmediatamente ofició la misa el Capellán del Batallón expedicionario mientras la Capilla de la Catedral ejecutaba en el Coro las composiciones Andante de la Cuarta Sinfonía de Mendelssohn, el Ave María de Gounod, cantada por el beneficiado Sr. Miralles, el Responsorio de la Virgen del Pilar del maestro Celestino Vila a

dúo de tiples, y el Andante de la Sonata 13 de Beethoven a cuyos majestuosos acordes concluyó la misa dando la bendición el Sr. Arzobispo que, adelantándose a la escalinata del presbiterio, pronunció una plática conmovedora y patriótica, la más elocuente de cuantas había pronunciado en diez años de regir la archidiócesis granadina, concluyendo con fervorosa súplica a la Virgen en solicitud de su protección para los soldados y con un abrazo a la bandera, acto que hubo de arrancar copiosas lágrimas a los ojos de la multitud de señoras y señoritas que lo presenciaban. Después, mientras la Capilla de la Catedral entonaba una despedida a la Virgen, el Sr. Arzobispo puso con su mano sobre el pecho de los jefes y oficiales del Batallón preciosas medallas de plata de la Virgen de las Angustias y el Santo Cristo del Paño de Moclín, adornadas con lazos de los colores nacionales y enriquecidas con indulgencias; y a continuación, auxiliado por los canónigos y seminaristas, a todos los soldados que las recibieron conmovidos y con demostraciones de sincera gratitud.

A las doce y cuarto terminó la ceremonia abandonando la multitud con emoción en todos los corazones y al repique de las campanas, aquel sagrado recinto.

Seguidamente dirigiéronse las fuerzas al Paseo del Salón donde las esperaban inmensa muchedumbre y numerosos jefes y oficiales, verificándose la revista y se tocó por el cornetín de órdenes llamada de oficiales a los que el General Gutiérrez de la Cámara hubo de dirigir un discurso de despedida poniéndose el Batallón en marcha de regreso a su Cuartel y siendo saludado por la gente que presenciaba su paso en las calles con vivas enardecedoras.

En el Casino, en la Cámara de Comercio y en el Colegio Médico lucían banderas españolas y todos los balcones del tránsito hallábanse adornados con bellas colgaduras.

A la una de la tarde estaba de vuelta en su Cuartel el Batallón, y el Coronel, jefes y oficiales del Regimiento que quedaban en la Península, obsequiaron con un *lunch* a sus compañeros que iban a defender la integridad de la Patria. El Coronel pronunció entusiástico brindis al que siguieron los de Navarro de la Linde, López Torrens y Figueroa terminando el agasajo a las cinco de la tarde.

Por la noche la Empresa de los teatros obsequió a las fuerzas expedicionarias, en el de Isabel la Católica, con una función brillantísima.

El local estaba decorado con gusto. Colgaduras de colores nacionales adornaban los palcos, galerías, anfiteatro y paraíso, donde veíanse también escudos y banderas con trofeos y coronas de laurel. Todas las localidades hallábanse ocupadas; en los palcos y plateas los asientos delanteros por señoras

y señoritas viéndose a los caballeros detrás en pie. Los pasillos y galerías rebosantes de público y en el anfiteatro y el paraíso dominaba la nota gris de los uniformes del ejército de ultramar vestidos por los soldados de Córdoba. La Compañía Vico representó admirablemente el drama de Nartzembusch *La Jura de Santa Gadea*, apareciendo después en escena la banda de música del Regimiento de Córdoba que fue saludada con estruendosos vivas y ejecutó la obertura *Sirena* de Auber, la jota de la ópera *Dolores* de Tomás Bretón y la popular Marcha de Cádiz que arrancó, como los números anteriores, grandes aplausos y vivas a España y al Ejército.

Dª Francisca Arroyo, viuda de Maldonado, envió para las tropas expedicionarias mil escapularios del Corazón de Jesús.

El Casino Principal mil doscientas pesetas para repartirlas entre las clases y tropas del Batallón.

El Conde de las Infantas, por la Real Maestranza de Caballería, seis cajas de tabaco para la oficialidad y seis lotes de 125 pesetas cada uno para los seis soldados que más se distinguieran en el primer encuentro que tuviesen las fuerzas con sus enemigos.

La Diputación Provincial y el Ayuntamiento diez pesetas para cada Sargento, cuatro para los Cabos y dos para cada uno de los soldados.

Dª Concepción Domínguez Estévanez les dedicó una inspirada poesía, y todas las corporaciones oficiales y particulares, los gremios y prensa periódica acordaron concurrir corporativamente a la despedida, adoptando igual acuerdo en una reunión que celebraron, las señoras y señoritas de la aristocracia de Granada.

La noche del 25 celebró el Casino Principal una fiesta en honor de los jefes y oficiales del Batallón Expedicionario. El brillante aspecto que ofrecían los salones de la Sociedad excede toda ponderación.

Dos grandes escudos de roble con panoplias coronadas y destacándose sobre el rojo y amarillo de la bandera española ocupaban los lados del zaguán, y en el testero de ingreso, un tapiz tejido de coniferas y laureles servía de fondo a una inscripción formada con crisantemos que decía: ¡Viva el Ejército de Cuba!

Al entrar en el vestíbulo la imaginación creíase transportada a uno de esos encantados palacios que *Las Mil y Una Noches* nos describe: dos bosquecillos de bambusas, finas como el encaje y altas como pilastras, exornaban los ángulos; un macito primorosamente compuesto con pelargonios y otras bellas plantas exóticas servía de alfombra al candelabro central; y preciosas jardineras pendientes de las cimbras de los arcos contribuían a la belleza del

conjunto cuya nota característica y detalle más admirado fueron las espirales de pequeñas bombas de colores que, entre bandas de yedra, se enroscaban a las columnas y producían un efecto mágico y sorprendente.

En la baranda, revestida de laurel, salpicado de rosas; los descansos convertidos en pintorescos jardines de helechos, bambúes y palmeras phenix; los grandes espejos orlados de crisantemos; una magnífica panoplia del Regimiento de Santiago, en la que brillaba con bélicos destellos el acero de los sables, machetes y corazas y en cuyo fondo azul se destacaba la cruz roja del Apóstol completaba el soberbio decorado de la escalera lleno de esplendente luz, de brillante entonación y poética hermosura.

La galería de cristal que, al fin de la escalera, daba ingreso al repartidor y vestíbulo alto, hallábase adornada con los colores rojo y amarillo y las iniciales del valiente Batallón Expedicionario.

Los grandes espejos del vestíbulo estaban orlados con soberbias hojas de canna índica y grandiflora, crisantemos y rosas de té; esbeltos grupos de pinos canadienses y avíes excelsis completaban el adorno de aquel elegante ingreso. El salón principal era una maravilla. Uno de los testeros tapizados de follaje y esmaltado de rosas, ostentaba las iniciales del Casino y del Batallón labradas con crisantemos blancos. Ligeras y elegantes guirnaldas de rosas corrían a lo largo del tallado friso: ricos tibores del Japón, cargados de crisantemos, jazmines y olorosos nardos, entre los que brillaban, como chispas de fuego, los pétalos rojos de la canna índica; en los huecos de los balcones, hermosos grupos de candas, corophas, cocos dracenas, ficus elácticos y helechos; en el testero de la derecha coronas de laurel y un bosquecillo de orquídeas, romelias, pándanos y elegantes coniferas thuxas; pendientes de la techumbre cinco magníficas arañas de bronce doradas y por todas partes brillantísima luz y ambiente perfumado con el aroma de las flores.

El buffet hallábase en la sala de billar, la de tresillo y el saloncito de lectura; sobremesas revestidas con los colores nacionales, adornadas con flores y cubiertas de exquisitos manjares, ofreciendo un conjunto deslumbrador por su riqueza y hermosura y por el aire y buen gusto que demostraban.

El fondo de la decoración del buffet lo constituía un bosquecillo de aéreos bambuzas, el encaje de los bosques filipinos; los espejos tenían por marcos guirnaldas de laurel y rosas, y las corifas, los filolendros con sus anchas hojas perforadas, los captus y otras plantas de gran mérito y belleza esmaltaban, con sus frescos y variados matices, los tapizados muros de aquellas elegantes habitaciones en cuyos huecos lucían hermosas colgaduras de terciopelo y damasco carmesí.

A pesar de lo desapacible del tiempo pues hacia noche de lluvia persistente, numeroso público se agrupaba en el Embovedado para oír la retreta y contribuir con su presencia al homenaje que el Casino Principal rendía al Batallón Expedicionario.

A las diez en punto sonaron los acordes de las bandas de cornetas de la guarnición seguidos de la música de Córdoba; la concurrencia aplaudió con entusiasmo, y los jefes y oficiales del Batallón entraron en el Casino siendo cortés y cariñosamente recibidos por una comisión de la Sociedad de la que formaba parte su presidente D. Pedro Nolasco Mirasol.

Aunque es de todo punto imposible detallar las personas que concurrieron al brillantísimo acto, recuerdo que estaban allí todas las representaciones de la culta sociedad granadina, entre las que se veían a los jefes y oficiales del Batallón Expedicionario Sres. teniente coronel D. Federico Navarro de la Linde; comandante D. Rafael Serichol y D. Gonzalo López Pantoja; capitanes D. Faustino Manzano, D. José Nestares, D. Francisco Rodríguez, D. Pascual Catalán, D. Facundo Sánchez, D. José López Irrizari,

D. Antonio Barrera y D. José Ballesteros; primeros tenientes D. Juan Arjona, D. Salvador Santos, D. Juan Altozano. D. Fernando Urruela, D. Emilio Moreno Olmedo, D. Fernando Muñoz, D. Juan Castro Núñez, D. Juan Villarreal y D. Cecilio Merino; segundos tenientes D. Manuel Sáenz,

D. Enrique Avilés, D. Emilio Canis, D. Miguel Castilla, D. Joaquín Ortega,

D. Fernando Valero, D. Mariano Alba, D. José Ansedo, D. Emilio Romera,

D. Joaquín García, D. Rafael Segura, D. José Rey, D. Emilio Fernández, D. Luis Aparicio, D. Miguel Zabala, D. Faustino Martín, D. Tomás Chicot, D. Antolín Esteban, D. Francisco Zárate y D. Manuel Alcaraz; médicos D. Manuel Zazo y D. José Sánchez y capellanes D. Manuel Girela y D. Manuel Berlanga.

En representación de la Audiencia, el presidente interino D. Manuel Sambricio, el fiscal interino D. Diego García Alix, los magistrados Sres. Lavaca, Ruiz García de Hita y Aguado y el secretario de Gobierno D. Agustín Mirasol.

Por la Maestranza el teniente de Hermano Mayor Sr. Conde de las Infantas.

Por el Cuerpo de Ingenieros el inspector D. Rafael Navarro y los señores Orbe (D. Nicolás) y Terals.

Por la zona militar el coronel Sr. García Dacal, el teniente coronel Ruiz Manzano, los comandantes Sres. Sánchez Medrano y López Martínez, los capitanes Sres. Belza, Pascual y Portillo Casarola.

Por la Guardia Civil el coronel D. Alfonso Martín, el teniente coronel Sr. Cala, el comandante Sr. Alonso Ariza, los capitanes Sres. Díaz Laguardia y González Olid, los primeros tenientes Sres. Feliú, Jover y Pardo González y los segundos tenientes Sres. Alonso Rebollo y Díaz Mazoi.

Los jueces de instrucción D. Mariano Alonso y D. José García Castro y los municipales D. Pancracio Moles y D. José Sagarra.

Por la Cruz Roja D. Pablo Prieto.

Por el Cuerpo de Bomberos D. Antonio J. Afán de Ribera. Por el Colegio Médico D. Eduardo García Duarte.

Por la Sociedad Económica los Sres. Villarreal, Serrano y Rosales Pavía. Por la Diputación los Sres Sanmartín y Díaz Palomares.

Por el Liceo los Sres. Leal de Ibarra, García Valdecasas, Mendoza y Alonso Calatayud.

Por el Centro Artístico D. Nicolás María López. D. José Ruiz de Almodovar, D. Manuel Ruiz victoria, D. Luis Fernández de Córdoba y D. Diego Marín.

Por la Reserva de Baza, el coronel Sr. Ferrándiz, el teniente coronel Sr. Valderrama, el comandante Sr. Acosta y los capitanes Sres. Carrizo y Blasco.

Por los Ingenieros el coronel Sr. Campos.

Por la Artillería los comandantes Sres. Cabeza de Vaca y Prados, los capitanes Sres. Brull, Alcántara y Carrillo y los tenientes Sres. Espi, Sánchez, Hernáinz, López de la Cámara, Macho, Bohorques y Leguina.

Por el Regimiento de Dragones el coronel Sr. Ampudia, el teniente coronel Sr. Müller, el capitán Sr. Crespo y los tenientes Sres. González, Gómez, Vázquez, Guillén y Castro.

Por los médicos militares los Sres. Barrecheguren, Acal, González, Triviño, Godoy y Hurtado.

Por la Reserva de Caballería el coronel Sr. Tournell y el comandante Sr. Muñoz.

Asistieron además el general de brigada D. Simón Urruela con su ayudante D. Alfredo Meléndez, el Alcalde D. Ildefonso Guiral, el Gobernador Civil, el secretario D. Juan Sáez Marquina, el Comisario de Ferrocarriles D. Antonio García, el Diputado a Cortes por Orgiva D. Antonio López Muñoz, el Senador del Reino D. Fernando Escavias de Carvajal, el ex diputado a Cortes

D. Nicolás Gallego, D. Ricardo Rodríguez, D. Rafael Díaz Roges, D. Luis Pedro Fernández, D. José de Burgos Torrens, D. Antonio Ruiz Moreno, D. Francisco Fernández Liencres, el Marqués de Dílar, D. Francisco González Vázquez, D. Francisco J. Arroyo, D. Salvador Velázquez de Castro, D. José

Núñez de Alarcon, D. Rafael García Duarte, D. Felipe Sujeros, D. Pedro Martínez Hoyos, D. Manuel Aguirre, D. Manuel Sáez, D. Manuel Góngora, D. Miguel Aragon, D. Francisco Muñoz La Sema, D. Miguel Ciudad Aurioles, D. Alejandro Ruiz de Tejada, D. José García Valenzuela, el Sr. Montes, D. Germán Aledo, D. Julio Vidal, D. Melchor Saizpardo, D. Paulino Cañas, D. Joaquín Sancristóbal, D. Bernardino y D. Francisco Lillo, D. Rafael Cruz, D. Eduardo Campos, D. Ricardo Burgos, D. Francisco Ruiz Vidondo, D. Alfonso López Acedo, D. Antonio Mauri, D. Rafael Latorre, D.Enrique Herrera Rosales, D. Antonio Aparicio, el Sr. Avilés, D. Miguel Escalada Ramela, mi hermano Paco y yo.

En el buffet se sirvieron más de cincuenta pavos trufados, igual número de jamones en dulce, innumerables pasteles de carne y foie-gras, miles de sabrosos emparedados y variadísimos dulces y pastas finas, caldos, ponches, tés, cafés, vinos de Burdeos, Jerez, Manzanilla y Champagne y licores de los más finos y predilectos.

Al descorcharse el champagne pronunciaron elocuentes brindis D. Pedro Nolasco Mirasol, D. Julio Vidal, el general Urruela, el Sr. López Muñoz, D. Germán Aledo, el teniente coronel del Batallón Expedicionario Sr. Navarro de la Linde, el Sr. Toumell que lo hizo leyendo una preciosa poesía y el coronel

D. Julián Ampudia.

Prestó gran atractivo a la hermosa fiesta la banda del Regimiento de Córdoba dirigida por su maestro D. Francisco Naranjo.

La mañana del miércoles 27 que iban a salir para embarcar en Cádiz las tropas expedicionarias, todos los balcones de la Ciudad aparecieron adornados con colgaduras y desde las doce, comenzó la multitud a dirigirse, unos a pie y otros en carruaje, de manera que no quedó ni un sólo coche disponible, a la explanada del Triunfo que era un hormiguero humano, siendo materialmente imposible acercarse a las inmediaciones del cuartel. Todos los comercios de la Ciudad cerraron sus tiendas y a las dos, Granada ofrecía el espectáculo extraño e imponente de encontrarse sus calles desiertas porque la población en masa se había trasladado al Triunfo y a las inmediaciones de la Estación de los Andaluces donde se reencontró totalmente la vida local pudiendo decirse que sólo quedaron en sus casas los enfermos y los imposibilitados de moverse; el resto de los granadinos, hombres, mujeres y niños, sin distinción de clases ni edades, se habían congregado en el trayecto que media desde el Cuartel de la Merced y la Estación de los Ferrocarriles y vitoreaban frenéticamente al Batallón Expedicionario, extendiéndose la muchedumbre desde la Estación a lo largo de la línea férrea hasta el término municipal de Atarfe.

Por los paseos y explanadas que existen entre el Cuartel de la Merced y la Estación de los Andaluces, era imposible andar con desembarazo viéndose numerosos grupos de damas y bellas señoritas que constituían la nota dulce y simpática de la hermosura asociándose al grandioso acto y demostraba el patriotismo de nuestras mujeres que constituye uno de sus mayores encantos. Ocupando el paseo central se había constituido una grandiosa manifestación esperando la salida de las fuerzas expedicionarias y ondeando sobre aquel mar de cabezas sus estandartes los gremios, sociedades y corporaciones que la constituían.

Entre éstos veíase a la Estudiantina universitaria con sus estandartes y detrás todos los estudiantes de que aquel centro de enseñanza.

Los de la Escuela Normal de Maestros y muchos profesores de Instrucción Pública.

El Fomento de las Artes con su bandera y presidido por el apóstol de la enseñanza D. José Aguilera López.

La Cruz Roja con su bandera.

Los gremios de constructores de coches, de sombreros, de zapatos, sastres y pintores y los dependientes de comercio en masa llevando cada grupo su respectivo estandarte o la bandera nacional.

El Centro Artístico en el que formaban más de trescientas personas.

El Defensor con su estandarte al que seguían todos los redactores, colaboradores y corresponsales que aquel día hallábanse en Granada y los operarios de la imprenta formando un núcleo de más de cuatrocientas personas.

Todo esto era a las doce de la tarde; después continuaron llegando nuevos grupos que se agregaron a la manifestación.

A las dos y media llegó la banda de música del Hospicio tocando la Marcha de Cádiz.

A esta misma hora se presentaron en el Cuartel de la Merced los diputados provinciales Sres. Sanmartín, Díaz Palomares y Vargas y los concejales Sres. Branchat, Amor y Rico y Gómez Tortosa por el Ayuntamiento, repartiendo a los soldados expedicionarios a razón de 20 pesetas a los sargentos, ocho a los cabos y cuatro a los soldados.

Minutos después llegó al Cuartel el general Urruela y comenzaron los toques de escuadra en compañía empezando a formar en el patio el Batallón.

Una comisión de la Estudiantina llegó también entregando al Sr. Navarro de la Linde el importe de la recaudación obtenida que pasaba de dos mil pesetas.

A las tres y cuarto en punto y no extinguidas aún las vibraciones de las últimas notas del cometa de órdenes, pasó los umbrales del Cuartel el cabo de

la Escuadra de Gastadores siendo su aparición recibida con estruendosos aplausos y vivas entusiastas que ya no cesaron ni un minuto en toda la tarde.

Seguían a los gastadores la banda de tambores y la de música del Regimiento.

Los acordes de la Marcha de Cádiz resonaban por todas partes, entre los vivas de la multitud que llenaba el Triunfo de tal forma que la fuerza tardó cerca de una hora en llegar a los andenes de la Estación.

Los gritos de ¡Viva El Batallón de Córdoba! coreados con ardor frenético por la muchedumbre se sucedían con la celeridad del vértigo y allí en aquel abigarrado conjunto de todas las clases sociales en sublime consorcio un solo deseo animaba a los concurrentes: el de arrojar a los pies de los soldados las flores de su entusiasmo que el patrio sentimiento hizo germinar en ellos al calor de la indignación que los enemigos de la Unidad de España les hicieron sentir con su proceder inicuo y criminal.

Una hora antes de la llegada del Batallón estaban todos los andenes de los ferrocarriles andaluces ocupados por la multitud en la que predominaban las señoras granadinas.

La fuerza pudo entrar y dirigirse a los vagones con mucho trabajo pues aparte del inmenso gentío, multitud de mujeres, madres y hermanas de los soldados, querían dar el último adiós a sus hermanos y a sus hijos y los detenían abrazándolos.

Todas las bandas de música de la Ciudad y algunas de los pueblos limítrofes entonaban sus himnos.

Imposible enumerar las representaciones que allí se congregaron; pero entre ellas recuerdo los colegiales del Sacro Monte, los Escolapios, el Clero Castrense, el Gobernador y los empleados del Gobierno Civil; el Ayuntamiento bajo mazas presidido por el Alcalde Sr. Guiral y con los concejales Sres. Branchat, Gómez Tortosa, Amor, Sánchez Gallardo, Cañas, Romera, Díaz Rogés y Gil de Tejada; la Diputación Provincial, cuyos representantes Sres. Martínez Dueñas, Sanmartín y Vargas subieron al tren para acompañar al Batallón al límite de la provincia; el Cuerpo Consular representado por los Sres. Agrela, Villena, Davenhil y Espejo; la Sociedad Económica representada por los Sres. Villarreal, Rosales e Iglesias Biosca; el Casino Principal, en masa, presidido por D. Pedro Nolasco Mirasol; el Liceo por los Sres. Leal de Ibarra, Roca, Mendoza y Hernández Carrillo; el Círculo Católico de Obreros por D. Blas Ayllón; la Maestranza por el Conde de las Infantas; la Liga Agraria por el Marqués de Dílar; el personal de conservación de la Alhambra, presidido por su jefe D. Rafael Contreras; el jefe de los conservadores granadinos Sr.

Rodríguez Acosta; D. Francisco Bermúdez de Castro; el jefe de los Bomberos Sr. Afán de Ribera; D. Luis Zárate, D. Juan Nacle, el Rector y catedráticos de la Universidad, Sres. Rodríguez Aguilera, Rodríguez Acosta, Ruiz de Tejada, Ruiz de Almodóvar, Campos Cervetto, Nestares, Sola, Horques, Martos de la Fuente, Gardyn, Sujeros, Velázquez de Castro, Guardiola, Gadea, Álvarez de Toledo, Avilés, Marín, Méndez Vellido, Gámir Colón, Casado, Gómez de Tejada, Muñoz Laserna, Ruiz Zalabardo, Cándido Peña, Rico, Lillo, Riquelme, Marqués de Torres Altas, Millet y otros mil que sería imposible recordar.

El Sr. Arzobispo, que también estaba presente, bendijo a los expedicionarios.

A las cuatro estuvo terminado el embarque de las fuerzas que a pesar de las muchas dificultades que la multitud allí agrupada ofrecía, se hizo con el orden más perfecto.

A las cinco en punto arrancó el tren entre los vítores ensordecedores de aquella inmensa muchedumbre al que contestaron los soldados expedicionarios asomados a las ventanillas de los coches con vivas a Granada.

Los hombres saludaban con el sombrero en la mano y las señoras agitando pañuelos; la ovación fue delirante, continuándola después que el tren salió de agujas los muchos millares de personas extendidos desde la Estación de los Andaluces hasta el pueblo de Atarfe a ambos lados de la vía férrea.

Cuando el largo convoy se perdió de vista los que quedábamos, viéndole partir, nos sentíamos tristemente impresionados contribuyendo a aumentar nuestra tristeza, la melancólica cinta del crepúsculo precursora de la noche que ya comenzaba a descender de las montañas.

Involuntariamente todos pensaron en la Virgen pidiéndole protección para los soldados de Córdoba y diciendo, dentro de sus corazón, ¡Ojalá los veamos volver pronto a nuestra tierra después de conseguir la victoria!

Todos los poetas granadinos escribieron versos entusiastas de despedida al Batallón Expedicionario de los que se repartieron a la multitud, en hojas impresas, muchísimos millares.

(Luis SECO DE LUCENA: *Mis Memorias de Granada*. Granada, 1941, pp. 204-216).